



LA SOLEDAD

Jaime Roig

1. Soledad y persona
2. Dimensión contemplativa de la persona
3. Soledad y personalidad
4. Amor humano y soledad
5. La soledad y la finalidad de los ejercicios
6. Soledad y experiencia espiritual
7. Soledad y silencio en el libro de los EE.
8. Soledad y responsabilidad: la disponibilidad
9. Conformidad y confirmación de la tradición cristiana

Notas

Antes de adentrarme en el tema de este escrito, quisiera dejar sentadas un par de notas previas. En primer lugar, todo este trabajo está empapado del pensamiento y escrito de varios autores, especialmente de una pastoral del Cardenal Martini sobre *La dimensión contemplativa de la persona* y de algunos de sus libros sobre la finalidad de los Ejercicios. También debe mucho a ideas del libro de Denis Vasse *Le temps du désir*, Edition du Seuil. Me refiero a estos dos autores porque los cito más o menos literalmente y por el sustrato que me dejó su lectura. En segundo lugar, querría aclarar que, al hablar de la persona, no he separado mucho natural y sobrenatural. He tenido en cuenta, más bien, la dimensión trascendente de la persona.

1. SOLEDAD Y PERSONA

Todo lo humano es ambiguo, y la soledad también lo es. Hay que dejar clara la diferencia entre soledad y aislamiento. Si los confundimos, se puede emprender un camino que conduzca más a una patología que al desarrollo de la persona. Una de las tragedias del hombre actual es que siempre está en otro sitio de donde está, por la cantidad de cosas que tiene que hacer. Es el eterno ausente, y precisamente porque no se sabe quedar solo.

La **soledad**, la buena, está hecha de relaciones. En la soledad buena yo no niego mi capacidad de relacionarme. Es posible que el otro no esté físicamente presente, pero me sé y me siento en relación con él. Entonces, mi soledad está como poblada por algo (por un recuerdo, un libro, una audición de música, lo más hondo de mí mismo) o por alguien que, estando en el fondo de mí mismo, no me encierra en mí.

El **aislamiento** está hecho de la negación de relaciones. Es una situación llena de mí mismo, y que propicia el buscar un tiempo y un espacio interior para poder dar vueltas sobre mí mismo. No me abre a nada: me encierra en mí y sobre mí y, aunque me dé cuenta de que me hago daño, no ceso de llevar y de poner en mi interior aquello mismo que me hiere y me daña. El amor propio quisiera no ser rozado nunca, pero, si alguna vez lo ha sido, quisiera dar un tiempo para no olvidar nunca que lo ha sido... No me noto abierto a nadie, ni quiero estarlo.

El **silencio** está hecho de rumia o de preparación, consciente o subconscientemente, de la Palabra. únicamente una palabra que salga del silencio y, en consecuencia, que nazca de mí y que me exprese, es significativa, vale la pena (en el pleno sentido de la expresión).

El **mutismo** es la carencia, muchas veces voluntaria por empecinamiento, de la palabra. Es el no querer establecer ninguna relación de palabra, y, dado el valor de la palabra, simplemente no querer ninguna clase de relación.

El **encuentro**. Por paradójico que pueda parecer, únicamente el que es capaz de quedarse solo, es capaz de encontrarse con alguien, porque el que no se queda solo y está lleno de sí mismo, está ausente, aunque tenga una presencia física. Ni atiende, porque internamente está en lo suyo, ni se abre al otro. Quizás esto explique por qué hoy estamos tanto tiempo juntos y no acabamos de encontrarnos con nadie.

2. DIMENSIÓN CONTEMPLATIVA DE LA PERSONA

Por dimensión contemplativa de la persona entendemos ese momento de desapego del acoso de las actividades, de reflexión, de valoración a la luz de la fe, que es tan necesario para no dejarse arrastrar por el torbellino de los quehaceres cotidianos.

2.1. Regreso a las raíces

Se pretende llevar una vida ordenada y evitar esa ruptura entre trabajo y persona que hoy amenaza a casi todos.

Hay que admirar el compromiso por la construcción de la ciudad, por el triunfo de la justicia... Pero la ansiedad de la vida no es la ley suprema, no es una condenación inevitable. Se vence con un sentido más profundo del ser del hombre, con un regreso a las raíces de la existencia. Este sentido del ser, este regreso a las raíces nos permite mirar con más firmeza y serenidad los gravísimos problemas que todos los días nos propone la convivencia civil. Todo ello a la luz de la fe.

La primera raíz a la que nos llevará esa mirada serena será a la "oración silenciosa", es decir, a aquellos aspectos de la relación del hombre con Dios en los que se subraya la dimensión contemplativa de la existencia: silencio, escucha de la Palabra, adoración, reflexión, meditación, etc.. Esta actitud interior no aísla a la persona de la realidad de la Iglesia y del mundo, sino que ayuda a sumergirla en ella de una manera seria y reposable. Y este tipo de oración se puede llamar "eucarística" porque tiene como centro y punto de referencia el misterio del Cuerpo del Señor, es decir, la Eucaristía.

2.2. Situación actual: exigencia de contemplación y escucha

Nuestra vida civil, con todo lo que comporta de ansiedad febril y de actividad continua, nos lleva a una pérdida de pausas y del sentido del "ocio". Y, por otra parte, nos exige una búsqueda de experiencias de "desierto" y de reconversión a la naturaleza, poniendo al descubierto la inconsciencia, en la mayoría, de la importancia del problema, junto con una cierta nostalgia de este valor irrenunciable de la vida porque el hombre siempre está abierto a Dios.

El fondo general de esta situación lo constituye la cultura occidental actual, que tiene una dirección prevalentemente práctica, encauzada al "hacer", al "producir", pero que, por contraste, genera una necesidad confusa de silencio, de escucha, de respiración contemplativa.

En el camino de la Iglesia

La misión recibida del Señor, la misión de evangelizar, nos puede poner en el camino de esa búsqueda de interioridad y de contemplación, ya que evangelizar significa "llevar la Buena noticia a todos los estratos de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, hacer nueva a la misma humanidad... La Iglesia evangeliza cuando, en virtud de la sola potencia divina del Mensaje que ella proclama, trata de convertir la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que están comprometidos, la vida y el ambiente concreto que les son propios" (1).

La Iglesia tiene la tarea de asumir el ansia y el empeño de promoción humana y de dirigirlo hacia algo que no se limita a la promoción horizontal, sino que constituye un "más", no pleonástico o facultativo, sino esencial y decisivo para la salvación del hombre. Por una parte, este "más" puede expresarse haciendo referencia al Evangelio, al Reino, a la realidad de Jesús muerto, resucitado y vivo en la Iglesia, que expresa el infinito amor del Padre que llama al hombre a la participación de su misma vida; por otra parte, puede verse también mediante una reflexión antropológica que tome al hombre como abierto al misterio, paradójico promontorio sobresaliente sobre el Absoluto, como ser excéntrico e insatisfecho que, sólo en una incondicional dedicación al imprevisible plan de Dios, encuentra las condiciones para realizar la propia autenticidad.

Y se requiere silencio para captar esta vocación trascendente que marca nuestro ser. Por eso es necesaria una atenta reflexión sobre la dimensión contemplativa de la vida, para insertarse con verdad en el camino de la Iglesia, sobre la línea de una evangelización capaz de revelar al hombre los ilimitados horizontes de su llamada.

2.3. Silencio, oración y persona

Hemos de recuperar algunas certezas que han sufrido un cierto eclipse. Por ejemplo: la importancia religiosa del silencio; el primado, en la persona humana, del ser sobre el tener, sobre el decir, sobre el hacer; la justa relación persona-comunidad.

Temor y encanto del silencio

Si al principio estaba la Palabra y de la Palabra de Dios, que vino a nosotros, comenzó a realizarse nuestra redención, es claro que, de nuestra parte, al comienzo de la historia personal de salvación debe estar el silencio: el silencio que escucha, acoge, se deja animar. Ciertamente, a la Palabra que se manifiesta deberá corresponder luego nuestra palabra de gratitud, de adoración, de súplica; pero el silencio es lo primero. Si, como le sucedió a Zacarías, el segundo milagro del Verbo de Dios fue el de hacer hablar a los mudos, es decir, el desatar la lengua del hombre terrestre, encorvado sobre sí mismo, el primer milagro fue el de hacer enmudecer al hombre charlatán y disipado (Lc. 1, 20-22). "La palabra acalló mis chácharas": así, con ruda claridad, describe Clemente Rebora, noble espíritu de poeta milanés de nuestro tiempo, los comienzos de su conversión.

El hombre que ha apartado de su pensamiento, según los dictámenes de la cultura dominante, al Dios vivo que llena de sí todos los espacios, no puede soportar el silencio. Para él, que cree vivir a las orillas de la nada, el silencio es signo terrorífico del vacío. Cualquier ruido, aunque tormentoso y obsesivo, le parece más agradable. Cualquier palabra, aun la más insípida, es liberadora de una pesadilla. Todo es preferible a ser colocados implacablemente, cuando calla toda voz, ante el horror de la nada. Cualquier charla, cualquier queja, cualquier chillido se acepta con tal de que, de algún modo o por algún tiempo, logre distraer la mente de la conciencia aterradora del universo desierto.

El hombre nuevo -a quien la fe le ha dado un ojo penetrante que ve más allá de la escena, y la caridad un corazón capaz de amar al Invisible- sabe que el vacío no existe y que la nada ha sido vencida eternamente por la Infinitud divina; sabe que el universo está poblado de creaturas alegres; sabe que es espectador y que, en cierto modo, es ya partícipe de la exultación cósmica, reflejada por el misterio de la luz, de amor, de felicidad, que le da sustancia a la vida inagotable del Dios Trino.

Pero hay que entenderlo: el hombre viejo, que tiene miedo del silencio, y el nuevo conviven por lo general, en proporciones diversas, en cada uno de nosotros. Palabras, ruidos, chácharas... futilidades.

Necesitamos el silencio verdadero, lleno de una Presencia, atento a la escucha, abierto a la comunión, pues el ser se hace consciente delante de Dios.

La oración está profundamente ligada al hombre. Considerada en su naturaleza profunda y en su momento originario, la oración no es actividad que se yuxtapone extrínsecamente al hombre: brota del ser, se destila y fluye de la realidad de cada hombre. Podríamos decir que la oración es el ser mismo del hombre que se coloca en transparencia a la luz de Dios, se reconoce por lo que es y, reconociéndose, reconoce la grandeza de Dios, su santidad, su amor, su voluntad de misericordia y el designio divino de salvación tal y como se manifiesta en el Señor Jesús crucificado y resucitado.

Antes que palabra, antes que pensamiento formulado, la oración es percepción de la realidad que florece inmediatamente en la alabanza, en la adoración, en el agradecimiento, en la petición de piedad a quien es la fuente del ser.

Emergen y se configuran como elementos fundamentales, en esta experiencia global, sintética y espiritualmente concreta, estos principios:

- la percepción de la vanidad de las cosas alejadas del proyecto de Dios, que se cambia en súplica para ser nosotros mismos salvados de la asechanza de la indiferencia y de la vaciedad;
- la percepción de la Presencia de Aquél que es la plenitud y nunca está ausente y alejado de donde hay algo que verdaderamente existe;
- la percepción de Cristo vivo en quien se resume y se personaliza todo el proyecto divino ("Ubi Christus, ibi Regnum", dice S. Ambrosio), que funda el reconocimiento y la realización de la relación de comunión con Quien es el único Señor y Salvador;
- la percepción, en Cristo, de la voluntad del Padre como norma absoluta de vida, de tal modo que la oración ya no es el intento de doblegar la divina voluntad a la nuestra, sino el intento siempre renovado de conformar nuestra voluntad a la del Padre (cfr. Mat. 6, 10; 26, 39-42);
- la percepción de la realidad del Espíritu, fuente de toda la vida eclesial, que ora en nosotros (cfr. Rom. 8, 19-27), de tal modo que el orar se convierte en anhelo de salir del aislamiento y del cierre del individualismo, y en petición para abrirse cada vez más al Reino de Dios que se va instaurando en los corazones y entre los hombres, es decir, en la Iglesia;
- la percepción de la cruz como victoria sobre el mal que hay en nosotros y fuera de nosotros, que hace de la oración actitud de contestación del pecado, de la injusticia del "mundo" y nostalgia de la Jerusalén celeste donde todo es santo.

El misterio de la persona

La persona es la protagonista de toda oración. Sin duda, es justo señalar la vocación social que está inscrita en cada acto de la vida del hombre, y la índole eclesial de toda vida cristiana. Pero no hay que olvidar que en la base de todo está el misterio de la persona, misterio siempre

singular y singularmente inédito, no confrontable. Aunque constituido en una condición y en una naturaleza que recibe por generación y comparte con todos sus semejantes, el hombre encuentra, por una parte, la razón primera de su grandeza en el hecho de provenir, según el núcleo originario e inconfundible de su ser, inmediatamente del Dios Creador,

que desde la eternidad lo ha llamado por su nombre; y, por otra, en el hecho de tener que volver a Aquél que es al mismo tiempo su principio y su destino, con una decisión -o, mejor, con una serie de decisiones- de la que él lleva la responsabilidad total, porque no es condicionable de ningún modo determinante por ninguna creatura distinta de sí.

Del "nosotros" y sobre el "nosotros" de la Iglesia emerge y se define el yo del creyente, que se abre al todo de la catolicidad. Aun la liturgia recibe su verdad y valor si encuentra su constante inspiración en el misterio personal y concreto de la adhesión de fe, esperanza, caridad que alimenta y caracteriza la vida renovada.

Ante el Padre, que es la fuente de mi vida y mi meta, ante el drama de un destino que se juega, una vez por todas, ante el "sí" y los "noes" que deciden de mi suerte eterna, estoy yo, no el grupo, la clase, la comunidad. No estoy solo porque el Espíritu pide lo que yo no sé y porque me hace hijo. Pero nadie puede sustituirme en esa empresa. Sea que se mantenga tácita y solitaria, sea que se revista de palabras dichas exterior y públicamente, sea que alcance la dignidad de oración litúrgica y se convierta en el canto e imploración de la Iglesia, toda sincera invocación a Dios encuentra siempre en el ser personal, que antecede y basa toda extrínseca comunicación, su manantial primero y posee en la vida de fe, de esperanza y de caridad su alma necesaria e insustituible.

2.4. Oración silenciosa y eucarística

La oración nace, pues, del misterio del hombre. Cada uno está invitado a redescubrir en el silencio y en la adoración su llamada a ser persona ante un Tú personal que lo interpela con su Palabra. Pero el cristiano vive la experiencia de su oración, aun la más silenciosa y secreta, como miembro de una Iglesia que tiene en la Eucaristía la fuente y culminación de su adoración y de su alabanza.

2.5. Dejarse involucrar por Cristo

La Eucaristía y la Iglesia son el signo elegido y querido por Cristo para mediar entre aquel signo definitivo e inagotable del amor de Dios, que es la Pascua, y el signo que es la Iglesia. En efecto, ésta es la comunidad de los que "hacen memoria" de Cristo y de su misterio pascual y que, en virtud del mismo Cristo que se hace presente entre ellos por medio de la Eucaristía, se aman como Él los ama, y testimonian ese amor.

Hay que superar la concepción un poco impersonal y casi mecánica de la relación entre Eucaristía e Iglesia, como si la Iglesia, salida de la eucaristía, fuera una entidad separada de la libertad, de la inteligencia, de la correspondencia de los bautizados. No hay auténtica y plena Eucaristía sin la participación del creyente. "Haced esto en memoria mía". No es un rito, es una vida.

2.6. Donar cuerpo y sangre de rodillas

La Eucaristía exige una actitud de oración silenciosa. No es solo el rito ni tan siquiera la consecuencia moral... Se ha de convertir en la forma, la fuente y el modelo operativo que llena de sí la vida comunitaria y personal de los creyentes. La celebración eucarística se realiza a sí misma cuando logra que los creyentes donen cuerpo y sangre, como Cristo. por los hermanos, pero poniéndose de rodillas, en actitud de escucha y de acogida, reconociendo que todo es don del Padre, no confiados en sus propias fuerzas, no proyectando el servicio de los otros según los propios oídos de ver. De ahí brota la actitud de obediencia y espera, que son relación de un abandono confiado, de una escucha y una obediencia: es la fe y esperanza de todo creyente en Cristo. La fe expresa

seguridad de la Alianza, la confianza del creyente en la fidelidad del Padre que resucitó a Jesús de entre los muertos; la esperanza se extiende más allá de las seguridades, los riesgos, las contradicciones de una libertad humana que siempre está tentada de infidelidad.

Alrededor de los valores de la fe y de la esperanza cristiana se construye la imagen cristiana de la oración:

- su motivación: la relación de comunión filial que Cristo tiene con el Padre, con el fin de expresar en la caridad el rostro del Padre, reflejado en el rostro del Hijo;
- sus expresiones fundamentales: con la fe, la oración es alabanza, adoración, acción de gracias, confianza; con la esperanza, la oración es intercesión, súplica acogida de los deseos del hombre, purificados e integrados en el Reino.

3. SOLEDAD Y PERSONALIDAD LA CONVERSIÓN ÍNTIMA

Si la persona desde su origen es conversión hacia otro, "ser-hacia", bajo otros aspectos nos aparece caracterizada, en oposición a las cosas, por el batir de una vida secreta en la que parece destilar incesantemente su riqueza.

3.1. El recogimiento (el "sobre sí")

Una piedra sobre mi mesa. Existe, pero como existe una encrucijada; es lo que la hacen las fuerzas que se cruzan sobre ella, y nada más. El mundo animal inicia una ruptura con esa existencia sin dimensión interior: se talla en el mundo exterior un medio propio alrededor de los grandes aparatos biológicos. El hombre puede vivir a la manera de una cosa, pero no es una cosa. Tal vida se le aparece bajo el aspecto de una dimisión: es el "divertimiento" de Pascal, el "estado estético" de Kierkegaard, la "vida inauténtica" de Heidegger, la "alienación" de Marx y de Sartre.

El hombre del "divertimiento" vive como expulsado de sí, confundido con el tumulto exterior: así es el hombre prisionero de sus apetitos, de sus funciones, de sus costumbres, de sus relaciones, del mundo que lo distrae. Es vida inmediata, sin memoria, sin proyecto, sin dominio. Es la expresión misma de la exterioridad, y, sobre un registro humano, de la vulgaridad.

La vida personal empieza con la capacidad de romper el contacto con el medio, de "retomarse", de volverse a aprehender, en vistas a juntarse en un centro, a unificarse.

A primera vista, este movimiento es un movimiento de repliegue. Pero este repliegue no es más que el primer tiempo de un movimiento más complejo. Si algunos se detienen en él y se contorsionan, es porque ha intervenido una perversión. En efecto, lo importante no es el repliegue, sino la concentración, la conversión de fuerzas. La persona no se repliega sino para saltar mejor.

En esta experiencia vital se fundan los valores del silencio y del retiro. Las distracciones de nuestra civilización roen el sentido del ocio, el gusto del tiempo que transcurre, de la paciencia de la obra que madura... También dispersan las voces interiores que bien pronto escucharán, solos, el poeta y el hombre religioso.

El vocabulario del recogimiento (retomar, volver a aprehender) nos recuerda, con todo, que es una conquista activa lo opuesto a una confianza ingenua en la espontaneidad y en la fantasía interiores. Nuestro primer enemigo, dice G. Marcel, es lo que nos parece "tan natural", según el instinto o la costumbre: no somos (no llegamos a ser) ingenuamente personas.

No obstante, el movimiento de la meditación es un movimiento simplificador, no una complicación y un refinamiento de la psicología. Va al centro, va derecho. No tiene nada que ver con el rumiar o la introspección mórbidas. Un acto la pone en marcha y un acto la acaba.

3.2. El secreto (el "en-sí")

¿Qué persigue, en las profundidades, este secreto? La profundización personal se ayuda, incontestablemente, de conceptos, de esquemas, de estructuras. No es menester apelar demasiado pronto a lo inefable. Pero la explicación, por definición, deja escapar el singular, que es uno e indivisible. La persona no es "algo" que se encuentra en el fondo del análisis o una combinación definible de trazos. Si fuera

una suma, sería inventariable: "la persona es un lugar de lo no-inventariable" (G. Marcel). Inventariable sería determinable. La persona es el lugar de la libertad. Es una presencia más que un ser (un ser extendido y extensible). Una presencia activa y sin fondo. La psicología contemporánea ha explorado algunas regiones infernales de sus profundidades. Ha sido menos atenta a lo que podríamos llamar sus abismos superiores, aquellos en los que se sumerge la exaltación creadora y la vida mística. Sus conceptos, las sugerencias del arte, no llegan a evocar sino parcialmente los unos y los otros.

Se comprende que la vida personal esté ligada por naturaleza a un cierto secreto. Las gentes hacia afuera, todo exhibición, no tienen secreto, ni densidad, ni segundo plano. Se leen a libro abierto y se agotan pronto. Al no tener la experiencia de esa distancia profunda, ignoran el "respeto del secreto", del suyo propio y del de los otros. Tienen un gusto vulgar de contar, de extender y de hurgar. La reserva en la expresión, la discreción es el homenaje que la persona tributa a su infinitud interior. Nunca puede comunicar enteramente por la comunicación directa -¡no hay signo que agote a la persona!- y, a veces, prefiere medios indirectos: ironía, humor, paradoja, mito, símbolo, simulación...

Frecuentemente, se encuentra, en los pensamientos de inspiración personalista, el tema del pudor, que es el sentimiento que tiene la persona de no ser agotada en sus expresiones y de estar amenazada en su ser por aquél que tomaría su existencia manifiesta por su existencia total. El pudor físico no significa que el cuerpo es impuro, sino que soy infinitamente más que ese cuerpo mirado o aprehendido. El pudor de los sentimientos nos dice que cada uno de ellos me limita y me traiciona.

Uno y otro, pues, revelan que no soy juguete ni de la naturaleza ni de otra persona. Yo no me confundo con ser esa desnudez o ese personaje, sino de parecer no ser más que eso.

Lo contrario del pudor es la vulgaridad, el consentimiento a no ser sino lo que ofrece la apariencia inmediata, a extenderse bajo la mirada pública. Es necesario, pues, desenmascarar los falsos pudores y un sentido mórbido del secreto.

3.3. La intimidad. Lo privado

En la cálida familiaridad excesiva de estas experiencias, encontramos una especie de plenitud, el sentimiento de intimidad, que no es simple. Expresa la alegría de reencontrar las fuentes interiores y refrescarse en ellas. Pero esta experiencia está frecuentemente apenada por el gusto de una vida vegetativa, cerrada y rodeada, parecida a la que lleva el embrión en el seno de la madre o el niño en sus brazos, mágicamente aislado y protegido de todo contacto. A partir de la fusión de elementos tan diversos, este sentimiento de "en propia casa" conserva una ambivalencia profunda. Puede marcar el momento en el que me retiro del combate personal. Y entonces está representado por una dimisión, aunque se cubra de todos los valores atribuidos al recogimiento.

En esta encrucijada ambigua se establece la zona de lo privado. Entre mi vida secreta y mi vida pública, lo privado marca el campo en el que busco mantener, en mi ser social, la paz de las profundidades, la intimidad intercambiada de persona a persona. Pero es también el sitio en el que busco la tibieza vital, la pasividad vegetativa, la dependencia biológica. Los elogios de la vida interior, de la pequeña vida, de la familia, traicionan demasiado frecuentemente este doble origen.

Pero de ninguna manera hay que jugar a espíritus puros. Como seres mezclados de luz y de sangre que somos, no sabríamos acceder a los santuarios de la persona sin atravesar en algún lado la paz vegetal de la vida. Es necesario estar atento al momento en el que la pesadez vegetativa ahoga la vivacidad espiritual. Lo que en la intimidad personal había de simple y acogedor se convierte en cerrado y exclusivo. Es el punto en el que el pudor

se convierte en gazmoñería, en el que la discreción se degrada en tapujo, distancia o manierismo.

La práctica burguesa de la vida privada ha desarrollado ampliamente esta corrupción, multiplicando los pseudo-secretos (negocios, vivienda, enfermedad, desórdenes privados ...). Los regímenes totalitarios sacan argumentos de esta sofisticación para eliminar radicalmente la esfera de lo privado. Es de creer que temen tanto sus recursos profundos como sus perversiones.

Únicamente es menester desmitificar lo privado: pedir que sea privilegiado como una defensa contra la vida pública. La misma estructura de la vida personal lo pide: la "reflexión" no es únicamente una mirada interior replegada sobre el yo y sus imágenes; también es "intención", "proyección de sí". No existe este árbol allá, y la imagen de este árbol encerrada en mí como en una caja con el ojo de la conciencia en el fondo de la tapa. Tener conciencia de este árbol es estar allá, entre sus ramas y sus hojas. Es, de alguna manera, como dicen los hindúes y los románticos, traspasando el límite, ser ese árbol, latir con su dulce fiebre primaveral, estirarme en él con su estirón secular, estallar con la alegría de sus brotes, siendo completamente yo mismo y distinto. La conciencia íntima no es una trastienda en la que se enmohece la persona; es, como la luz, una presencia secreta y, no obstante, irradiante al universo entero (2)".

4. AMOR HUMANO Y SOLEDAD LA SOLEDAD DEL SER DIFERENTE

El conocimiento del otro que permite el amor humano conduce a la constatación de diferencias irreductibles y a la soledad de ser diferente.

Lanzados, casi sin haberlo pretendido a sabiendas, al camino de su realización humana, por la encarnación del amor que nace, el hombre y la mujer van a descubrir, a través de su misma unión y gracias a ella, su indestructible diferencia. Dos seres no se acercan de manera tan íntima, tan libre, tan directa, sin que cada uno no presienta vivamente, aunque todavía ciegamente, la realidad secreta del otro.

Pero, precisamente, gracias a esa proximidad extrema que rompe su aislamiento como nada podría hacerlo, la soledad esencial, aquella en que uno existe en sí, se afirma imperiosamente. Cuanto más profundamente haya transformado el amor sus relaciones de ser a ser, tanto más se manifestará la distancia que los separa al uno del otro para siempre, sin equívoco, bajo los disimulos inconscientes o semiinconscientes que la debilidad humana autoriza y que las relaciones con otros exigen. Distancia que concierne primeramente a su individualidad propia, a su herencia particular, a la educación recibida.

Su sexo también los diferencia hasta una profundidad que nadie conoce, y convierte esta distancia en algo todavía más infranqueable, oponiendo sus maneras espontáneas e irreformables de sentir, de reaccionar y, aún más frecuentemente, de pensar.

Pero, además de estas causas profundas, hay otra todavía más estructural: el ser humano es solitario por naturaleza. No puede estar unido hasta existir en ese otro, por él y para él. Asumida con fe, y no solamente reconocida y aceptada, esta distancia autentifica el amor y permite su perennidad. Negada por quien no quiere resignarse a ella, rechazada por quien se destruye esforzándose en ser conforme al otro, rebaja el amor al plano exclusivo de los bienes que se poseen, arrastra su fracaso y su caída en la precariedad y en la usura. Y, aun si uno se somete a ello como a una situación sin remedio a la que es menester resignarse, esta distancia deja al amor corromperse en manifestaciones sentimentales y carnales, reducidas rápidamente al solo nivel de la necesidad. El amor se reabsorbe en las costumbres superficiales de la coexistencia que reduce la pareja a no ser sino una sociedad a dos, útil para las comodidades de la vida y las necesidades del cuerpo. Con la desaparición del amor propiamente humano, naufragan todas las promesas que su nacimiento había hecho entrever.

La decepción causada por este fracaso conduce frecuentemente a la ruptura secreta, cuando el divorcio no es practicado en nombre de la autenticidad engañosa que se limita a los sentimientos inmediatos y a la situación de momento.

Para que su amor dure y progrese, los esposos deben aceptar noblemente, sin pretender suprimirla, la distancia que los separa. El amor vive su soledad respectiva sin romperla de ninguna manera, pero impide que se corrompa en aislamiento. Establece al hombre y a la mujer en una comunión implícita más que ayudarlos a comunicarse ordinariamente. Y ello porque esta comunicación exige, para empezar y más aún para prolongarse, condiciones contingentes, siempre precarias y aleatorias, frecuentemente difíciles de realizar en vidas muy ocupadas y muy dispersas.

El amor humano no puede mantenerse a su nivel fuera del recogimiento, porque sólo el recogimiento permite a cada uno estar presente a sí mismo. Únicamente a través de esta

presencia, a pesar de la distancia infranqueable que separa a estos dos seres solitarios, es percibido la presencia del otro. A la vez llamada y respuesta, el amor es discreto por naturaleza, más aún que por pudor. El silencio es su clima, silencio lleno que no cambia totalmente cuando se transforma en palabra, porque es él el que alimenta las palabras y les da su valor y su alcance. ¿Cómo no se degradaría el amor en la agitación de reacciones efectivas y de resoluciones, en lo que se echa de menos y en los escrúpulos? Debe absolutamente trascender las tensiones de todos los órdenes y sólo ser fiel a sí mismo para establecerse en su viviente inmovilidad (3).

4.1. Soledad, afectividad, celibato-aislamiento, "personaje"

En todas las etapas de esta historia (los encuentros personales de cara a la formación de la afectividad), surge la tentación de la mala soledad. Es la de un ser que, en la sociedad en la que vive, familiar o profesional, no se siente reconocido por otro, de cualquier manera que sea, con razón o sin ella: uno se siente un peso para los otros y como rechazado por ellos. Ya no se reconoce objeto de amor de relaciones personales. Está verdaderamente solo. ¡Está aislado!

Esta soledad es mala porque remacha a un ser en él mismo. No tiene nada que ver con el celibato. No sintiéndose admitido y, no obstante, teniendo que vivir en sociedad, un ser se construye un personaje: el que los otros esperan. Sus padres y amigos no se dan cuenta de la impostura, permanece lleno de empuje y tiene la réplica viva. Él mismo es inconsciente de la doble vida en la que se hunde. Por pocas cualidades que tenga de acción o de inteligencia, mantiene su sitio en el mundo. Vive según las normas pero, en las horas de abandono, su vida le parece vacía. Se evade, se aburre, se endurece. Es portador de un mundo ignorado de él y de los otros, en el que se incuban todas las causas de depresión o de tristeza incurable.

Un tal estado no permite establecer verdaderas relaciones. Si hablas a este hombre del don de sí, como quiere representar el personaje que se espera de él, se excita provocando sentimientos que no tiene, y por pura voluntad-criterio "ama" a Dios y a los otros. Su amor permanece tieso, tenso e impersonal. En la más desbordante actividad que parece salir de él, vive aún el personaje que se ha construido. En cesando la actividad, es devuelto a él mismo, a su aburrimiento y vacío.

Hay otra clase de soledad, esta vez buena, sin la que el amor en el celibato no es posible, como tampoco lo es en el matrimonio. Es una soledad que podríamos llamar existencial. Es la soledad de quien, habiéndose reconocido como objeto de amor delante de Dios y de los otros, se acepta a través de las relaciones que anuda, en los límites de su existencia.

Esta aceptación no es una resignación a lo inevitable, efecto del despecho o del orgullo, sino un conocimiento de sí en el amor. Un hombre acepta no ser su centro ni su regla, pero sí acepta ser para los otros y por los otros. Cuando un ser se ha hecho capaz de esta soledad, es decir, cuando por el juego de las relaciones mutuas se ha despertado a una libertad que se recibe y se da alternativamente, entonces se hace capaz de verdaderas relaciones. Al tomar el timón, se sitúa ante los otros. Ya no está enmurallado en él.

A diferencia de la primera "soledad" (aislamiento), esta soledad manifiesta su bondad en que es abierta, atenta, apacible, fuente de alegría, aunque pase horas dolorosas. No se impone ni se hace sentir como tal. No tiene nada de impasible y menospreciadora. Conoce los verdaderos sufrimientos del amor: es la soledad del hombre que lleva a los otros, como son, sin esperar retorno. Este sufrimiento es bueno porque no está replegado sobre él mismo. Es la soledad del encuentro, si tenemos en cuenta la alegría a la que

conduce. Esta alegría ya no es egoísta, porque no retiene al individuo en sí mismo y lo empuja a nuevos dones. Su centro está más allá (4).

5. LA SOLEDAD Y LA FINALIDAD DE LOS EJERCICIOS

En este apartado intentamos cotejar lo que hemos venido diciendo sobre la soledad con las anotaciones que Ignacio nos propone en el texto de los EE, especialmente en las anotaciones 20 y 21.

En la 20 se nos habla de las ventajas de la soledad. Señalamos las siguientes: Por el hecho de separarse de muchos negocios no bien ordenados, aparta de sí la ocasión de afectos desordenados, de cosas que no van como deberían ir. Se trataría de tener una cierta jerarquía de valores. Al no tener el entendimiento repartido en muchas cosas, utiliza sus potencias en buscar lo que desea, es decir, en ordenar su propia vida o en escoger el estado de Vida. Se hace referencia a un clima interno de la persona. Lo que más interesa: cuando el alma se encuentra "sola y apartada", se hace más dispuesta para acercarse a su Creador y Señor, y -como dice el texto latino con una palabra muy fuerte- para tocarlo y llegar a Él. Así, cuanto más lo toca y se allega a El, tanto más se dispone a recibir gracias y dones. Es la hora de la sinceridad: quién es Dios, quién soy yo.

En la anotación 21, Ignacio nos habla de "Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea", es decir, Ignacio nos propone tres niveles u objetivos que se han de alcanzar y que subyacen a lo largo de toda la experiencia ignaciana: 1) vencerse a sí mismo; 2) ordenar la propia vida; 3) superar las afecciones desordenadas.

5.1. Tres niveles de la experiencia de los Ejercicios

Estos tres elementos del título del libro ignaciano se pueden ordenar *en tres niveles* sucesivos que aparecen en la experiencia de los ejercicios:

1) *Nivel moral*: quitar afectos desordenados, es decir, percibir nuestro interior y darse cuenta de todo aquello que, en nuestra vida cristiana, en nuestro oficio, en nuestra comunidad, es negativo, nos impide movernos, nos hace pesados. Es éste el primer fruto de los Ejercicios;

2) *Nivel de las opciones*: ordenar la vida, buscar lo mejor. Es decir, no sólo quitar el polvo que molesta, sino buscar lo mejor. ¿Cuál es el mejor modo de servir a Dios en mi vida? ¿Qué escoger ahora y qué dejar para prestar mejor servicio? Es el nivel categorial de las opciones;

3) *Nivel trascendental*: "vencerse a sí mismo". El nivel que no se ve, el que no se toca, pero que es la raíz de todo; es decir, llegar a Dios, conocerlo, tocarlo, sentirlo, percibirlo de manera misteriosa, pero realísimo, y abrirse a Él. Este nivel trascendental no es el nivel último, en el sentido de que se llegue a él como final, sino el nivel del comienzo. Pero también representa el fin, la unión mística, esto es, la cuarta semana de Ejercicios. Y, en mi opinión, esto es, a fin de cuentas, vencerse a sí mismo.

¿Qué significa "vencerse a sí mismo" y por qué? ¿Qué es lo que hay que vencer en nosotros como hombres divididos? ¿Cuál es, según la Escritura, la realidad que en nosotros contrasta con la realidad positiva, haciéndose así necesario que tengamos que vencernos? La realidad fundamental que en nosotros contrasta con la positiva es la "timidez", o sea, no creer, no esperar, no estar abiertos a creer en Dios, en los demás, en las cosas. Vencerse a sí mismo quiere decir creer, esperar, confiarse. El hombre se abre a

Dios y Dios se abre al hombre, y en esta apertura se alcanza tanto el nivel moral como el de la experiencia de las propias opciones.

Pero el nivel trascendental es el que lo domina todo. Es el comienzo, la raíz, el punto final... Vencerse a sí mismo es superar el miedo, la muerte, la desilusión, todo lo que en nosotros es desconfianza, cerrazón, amargura. Es abrirse a la plenitud de Dios y quedar inundados de Él en la verdad de nuestra vida moral, de nuestra vida de opción, de nuestro mejor servicio a mayor gloria de Dios.

La anotación 20, que nos habla de la soledad, queda relacionada con el título de los Ejercicios, es decir, con este triple nivel y este triple fruto de los Ejercicios.

Cada uno tendrá que examinarse para ver si el Señor lo empuja más a profundizar en el nivel de la calificación moral y ascética; o bien si ha de profundizar en el nivel de las opciones dirigidas a unos bienes mejores, en vez de otros bienes más fáciles que realizamos en la Iglesia, pero que no son lo mejor que Dios nos pide; o bien si ha de profundizar en el nivel más hondo, el de la fe directa, nivel que nunca acaba de agotarse. Ninguno de nosotros sabe qué medida tiene de fe. Nadie sabe si de verdad cree en Dios hasta el fondo y nadie hasta dónde no acaba de creer.

Todo esto es posible verificarlo tanto en la experiencia moral como en la de las opciones. Pero el tercer nivel es el fundamental, ya que sin él no existe nada. A través de todos los símbolos, a través de todas las cosas que hacemos, a través de todo lo que obramos en Ejercicios, estamos tocando continuamente este nivel más profundo, que es nuestra realidad cruda y desnuda, de persona delante de Dios que nos llama.

Tengamos presente la respuesta de Jesús a la pregunta que le hacen los judíos en Juan 6, 28: "¿Qué haremos para obrar según Dios?".

La respuesta de Jesús nos sitúa de inmediato en el nivel trascendente: "La obra de Dios es ésta: creer en el que me ha enviado".

5.2. Oyentes de la palabra y caminantes en la fe

En el decreto del Vaticano II, "Lumen Gentium" nº 58, al hablar de María, se nos dice: "In peregrinatione fidei processit", "Avanzó en la peregrinación de la fe". También ella fue adelante conociendo cada vez más a Dios. Vencerse a sí mismo, avanzar en la fe, derribar nuestras seguridades... Todo ello con la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es la que libra en nosotros la batalla de la fe. Es el anuncio de la Palabra de Dios, el "kerygma", el que alcanza la victoria. Nos vencemos a nosotros mismos, si nos dejamos penetrar por la Palabra como Palabra de Dios, es decir, como fuerza de Cristo presente, resucitado, que actúa en esta situación.

La soledad supone, pues, un saber dejarse penetrar por la Palabra, antes de presentar nuestros problemas y ocupaciones... Pero la soledad implica también la Palabra ya que, gracias a ella, se adquiere la buena soledad, la soledad de la escucha, y, gracias a ella, hacemos experiencia de Iglesia, sin separarnos de ella.

5.3. Esquema

Creemos que será de ayuda al lector plasmar en un esquema lo que hasta aquí hemos venido diciendo sobre la soledad.

1. "Apartarse de amigos y conocidos... y así mismo no bien ordenados, merece..."

nº 20

2. No tener el entendimiento partido: libre para buscar.

3. Llegarse al Creador y Señor.

1. Vencerse a sí mismo...

n° 21

2. Ordenar la vida.

3. No determinarse por afecto desordenado.

6. SOLEDAD Y EXPERIENCIA ESPIRITUAL DIOS OBRA EN EL SILENCIO

La vida espiritual es una experiencia. Aunque la fe no es absurda, supera la sola inteligencia e inviste el corazón y la voluntad. El que cree en Dios Padre de Jesús debe, de un cierto modo, "sentir a Dios". No se contenta con tener, a propósito de Dios, ideas precisas. Tiene de Él una experiencia original y viviente.

A ciertas horas, esta experiencia es verdaderamente viva, se impone por sí misma, y el creyente se ve obligado a decir, con el patriarca Jacob: "En verdad, Yavé estaba aquí, y yo no lo sabía" (Gén. 28, 16).

En otros momentos, es más bien el paso por el desierto, la aridez de la vida y la monotonía de los días. Pero Dios obra también en el silencio de lo cotidiano. Y uno de los discernimientos privilegiados del cristiano es el de ir aceptando las aparentes lentitudes de Dios, aprender la paciencia, nombre poco romántico del amor, para que Dios obre como quiera.

6.1. Dios siempre habla y aun su silencio es palabra

Dios habla, y por eso nosotros hablamos. Todos los actos de Dios son Palabra y no habría que reducir su mensaje a lo que en la Biblia está escrito entre comillas. El primer acto de la Palabra, de parte de Dios, su acto fundamental, es la misma creación, y especialmente la creación de un ser capaz de palabra. En el Paraíso, Dios y el hombre se hablan, se escuchan uno a otro y se responden. Ni tan siquiera el pecado interrumpe el diálogo, y el hombre continuará hablando a su Dios, aunque a veces sea con las palabras provocativas del desafío. La historia de la Alianza, desde el principio, es un intercambio de palabras, en el que Dios reitera sus llamamientos y proclama su fidelidad, mientras que el hombre se encierra en el monólogo de morritos que acusa a Dios. Y hasta se podría decir que la Alianza se reanuda desde el momento en que vuelve a haber diálogo. Hasta tal punto la palabra del hombre le otorga un privilegio sobre el corazón de Dios.

Dios está con nosotros en situación de Alianza y acepta el diálogo de manera irrevocable, hasta cuando el diálogo está tejido de sufrimiento y de queja. Quejarse ante el Señor es ya oración.

Los silencios de Dios son también Palabra. Al menos lo que nosotros llamamos así ("silencios"), porque la eternidad de Dios no podría hacer alternar espacios de palabras y tiempos de silencio. Para nosotros es así, porque somos inseguros y, frecuentemente, inatentos. Pero Dios está sin cesar atento a los hombres, preocupado por cada uno de ellos y deseoso de proseguir con ellos el diálogo de la Alianza. Puede ser, pues, algo ambiguo hablar de los silencios de Dios, y quizás sería mejor hablar de los diversos modos de hablar que tiene Dios.

La experiencia espiritual ha de conjurar dos peligros que nos acechan. El primer peligro consiste en decir que Dios se calla porque ya no tiene ganas de hablar o porque no tiene nada que decir. Es cierto que la Palabra de Jesús representa un umbral insuperable en la comunicación que Dios quiere hacer de Él mismo y ninguna revelación privada podría situarse al nivel de la Escritura. Jesucristo es la última y definitiva Palabra del Padre y, como dice Juan de la Cruz, pedir al Padre otra Palabra será desconfiar de Jesús (5). Pero todavía es menester que la Palabra vivificante de Jesús alcance a cada uno en el secreto del corazón. Es menester que vivifique una Iglesia amenazada sin cesar de dar la espalda a la Palabra y así remitirse a sus propias palabras y discursos. Por esta razón, la palabra evangélica resuena sin cesar con su fuerza persuasiva y constante novedad.

El segundo peligro a conjurar consiste en decir que Dios se calla "para" probarnos y ver cómo atravesamos el desierto de su silencio. Hay que ser extremadamente prudente antes de afirmar: ésta es la razón por la que Dios obra así. Quizás pueda estar presente en todo ello el pequeño o gran orgullo de pretender conocer, más o menos alegremente, el designio de Dios y su manera de obrar.

Es incontestable que el Padre, en la fuerza de su amor, nos hace caminar hacia una fe más despojada y una respuesta de amor más auténtica. Pero raramente sabemos de manera segura si el aparente silencio de Dios lo quiere Dios mismo, o si no es más que nada el fruto de una búsqueda de nosotros mismos, que nos hace rechazar la cotidianidad de los días.

La mejor actitud, en los pasos del desierto, es pedir a Dios la gracia de su paz. Isabel de la Trinidad aconsejaba: "cuando Jesús duerme en el fondo de la barca, lo mejor es dejarle dormir". No es ni descorazonamiento ni fatalismo, sino la ruta segura de un encaminamiento en la fe.

6.2. Silencio y oración

Si queremos practicar la oración, hay que esforzarse en no recurrir frecuentemente a la lectura ni a las construcciones intelectuales, y, mucho menos, a la vuelta sobre uno mismo o a las propias preocupaciones. Hay que esforzarse en mantenerse en presencia de Dios, para dejarle obrar de la manera que quiera. El espíritu de oración pide una renuncia radical a sí mismo y a lo sensible, una aceptación del silencio de Dios. Hay que estar ahí, uniéndose al estado sacrificial de Cristo que hace la voluntad del Padre y deja obrar al Espíritu. Es necesario mantenerse ante el Padre en el silencio, comulgar con el silencio de Cristo durante sus noches de oración, dejarse formar por el Espíritu que ama el silencio.

6.3. Los silencios del Evangelio y de Cristo

El ánimo para encontrar a Cristo Verbo a partir de los textos que hablan de Él, produce frutos preciosos en la experiencia espiritual.

El primer fruto es aceptar el silencio de Cristo y refrenar en nosotros la golosinería con relación a su Palabra: en una fe que se purifica, yo no pido sin cesar al Señor hacer resonar en mí numerosas palabras del texto evangélico. Acepto un Cristo silencioso la mayor parte del tiempo. El creyente interioriza los misterios de Belén y de Nazaret, sin precipitarse en los discursos del ministerio y las enseñanzas recompuestas. Hace la experiencia del amor, que se complace en el silencio.

De hecho, el llamamiento de Jesús al corazón es siempre el mismo: "Ven, sígueme, y, como Yo, camina hacia el Padre". Las palabras más desarrolladas no hacen sino modular este llamamiento: aceptar la configuración silenciosa con Cristo, para devenir en Él hijo del Padre. Si el ministerio de Jesús es rico en palabras humanas, es para reconducirnos al sorprendente silencio de la intimidad trinitaria. El Padre y su Verbo, en la eternidad de su intercambio, no tienen necesidad de palabras para darse uno a otro. A este silencio de la oblación de amor somos reconducidos por el Espíritu.

6.4. Enseñanzas del silencio

La vida de Jesús está puntuada de silencios e incluida en este silencio. Se inaugura por el silencio de la Encarnación en el seno de María. Ciertamente, toda vida humana comienza así y sólo podrá tener, más tarde, comunicación con el inundo y con los

hombres después de este largo misterio que tiene su origen en el silencio del seno materno.

En el caso de Cristo, se trata, más misteriosamente aún, del silencio del Verbo de Dios. La Palabra substancial del Padre no renuncia a este escapamiento humano. Nos invita a considerar el diálogo trinitario como una comunión silenciosa de los que se aman. En el término, el ministerio se cumple en la muerte, la tumba sellada. Rocemos con prudencia estos misterios que nos superan y nos conducen a una gran estima del silencio para nuestro propio encaminamiento espiritual.

Cristo no tuvo prisa en hablar. La larga estancia en Nazaret, en un pueblo oscuro, de Aquel que es el Verbo de Dios y que ha de dar al mundo el Evangelio de la Nueva Alianza, instruirá a todo el que quiera avanzar en el dinamismo de esta alianza. Aun en tiempo de su ministerio, Jesús no lo dice todo y no tiene inconveniente en hacernos ver el motivo de su preocupación "Me quedan por deciros muchas cosas, pero no podéis con ellas por ahora" (Juan 16, 22). Nos enseña a no adelantarnos a los pasos de Dios y a hacer hoy únicamente lo que se nos pide hoy.

6.5. Aceptar la soledad

La ilusión y el orgullo pueden esconderse en una exploración del yo emprendida sin discernimiento. Se trata, en primer lugar, de la ilusión de pensar que se puede llegar a un perfecto conocimiento de sí mismo que hiciera posible una total transparencia con los hermanos. Y, en segundo lugar, del orgullo de sacar gloria de este conocimiento. El que quiere abrirse humildemente a la obra de Dios debe guardarse de esta ilusión y de este orgullo. Se esfuerza por conocerse a sí mismo en la medida exacta en la que esto es necesario para abrirse a la acción de Dios. No llegará ni a un conocimiento perfecto, ni a una transparencia total, y no se entristecerá por ello. Acepta seguir siendo un misterio para él mismo y sus hermanos, feliz únicamente de ser perfectamente conocido de Dios, que le juzga y le perdona.

El hombre espiritual sabe la causa profunda de su imposibilidad de conocerse perfectamente a sí mismo: creado "a imagen y semejanza de Dios", participa en el misterio de Dios que lo habita. Su mayor profundidad es Dios. La investigación de sí mismo no desemboca ni en un vacío angustioso ni en una necia complacencia. Conduce a un descubrimiento de Dios "íntimo al corazón" por el don del Espíritu. Dios no corre el peligro de encerrarme en mí mismo, ya que está en el fundamento de la profundidad de todo hombre. Me pacifica y me apacigua, me coloca en una seguridad que me hace aceptar la soledad insoslayable del hombre.

La aceptación de la soledad es uno de los problemas de nuestro mundo en este fin de siglo. No hablo de la soledad enajenante que viven tantas personas de edad en las ciudades anónimas o en nuestros hospitales despersonalizados, sino de esa soledad indispensable donde uno se reencuentra como junto a una fuente para beber nuevas fuerzas. Cuando queremos orar Jesús nos aconseja: "entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora en el secreto al Padre que ve en lo secreto" (Mat. 6, 6).

Blaise Pascal no iba desencaminado al decir: "la desgracia de los hombres proviene de que no saben mantenerse una hora en su cuarto". El hombre contemporáneo teme esta soledad interior que le conduciría a preguntas esenciales, y le haría relativizar un sin número de sus preocupaciones inmediatas. Se aturde en el ruido de una muchedumbre. Se convierte en el esclavo de un transistor que derrama olas de ruidos que no se escuchan verdaderamente. Se "divierte", en el sentido que debe darse a esta expresión de Pascal, para evitar encontrarse con esos dilemas y su propia miseria y quizás, en esta última profundidad, encontrar a Dios. El silencio es un componente

indispensable de la experiencia espiritual, con tal de que no sea un silencio de orgullo y ausencia, sino un profundo deseo de recogimiento. "Venid aparte, y reposaos un poco" (Mc. 6, 31), continúa diciendo Jesús a los que quieren ser sus discípulos.

Esta mirada sobre Dios que habita la última profundidad del corazón conduce a una indispensable aceptación de sí mismo. Como lo ha mostrado Pierre-Yves Emery, el Espíritu nos reconcilia con Dios, con los hermanos y con nosotros mismos (6). Las tres reconciliaciones son inseparables una de otra, y la tercera no es la más fácil. Demasiados hombres no la consideran necesaria. Algunos hasta desconfían de ella, viéndola como una tentación egoísta. Y no hay nada de eso. Esta reconciliación consigo mismo es conocimiento lúcido de las propias riquezas y de los propios límites. Supone aceptar la presencia de Dios en nosotros y los caminos por los que, una y otra vez, nos reconduce hacia El. Y también conocer su riqueza, las aptitudes para la acogida de la gracia que el Señor ha colocado en nosotros como, por ejemplo, tal facilidad natural para preocuparse de los otros, tal educación llena de promesas... No hay orgullo en reconocerlo, con tal que "el que se gloría, que se gloríe en el Señor" (1ª Cor. 1, 31).

Dar gloria a Dios pasa por el reconocimiento de las riquezas que El ha colocado en nosotros y de los caminos por los que nos conduce.

7. SOLEDAD Y SILENCIO EN EL LIBRO DE LOS EJERCICIOS

Todo lo que a continuación expongo está tomado básicamente del libro del P. Arzubialde(7). ¿Qué nos dice Ignacio sobre la soledad y el silencio en su libro de los Ejercicios Espirituales?

Inicialmente fue para Ignacio de gran importancia, cuando él personalmente daba a otro "modo y orden" de meditar o contemplar, diseñar la actitud ideal del individuo que deseaba ponerse "totalmente" en las manos de Dios. Actitud que posteriormente trató de perfilar un poco más.

Las disposiciones que se requieren de parte del que se ejercita son las siguientes:

- anotación 5: la actitud o disposición general de apertura incondicional a Dios;
- anotación 11: la actitud con relación al trabajo de cada semana;
- anotación 16: la libertad exigida para la elección;
- anotación 20,2-10: y, finalmente, la necesidad del apartamiento y la soledad. Se

trata de la atmósfera ambiental más favorable, de total libertad frente a la presión ambiental, para poder dedicarse con todo ahínco a la única cosa que verdaderamente importa: decidir la vida ante Dios.

Sobre el papel del que da los Ejercicios y la entrevista, nos dice Arzubialde (8), que le toca hacer "la función de espejo", en una entrevista breve y sencilla, a poder ser diaria. Que no distraiga ni saque al individuo de su soledad ("apartamiento") pero, al mismo tiempo, de tal género que el que se ejercita se sienta acompañado.

Esto nos remite, por lo tanto, a aquella soledad buena de que hablábamos al principio: el que da los Ejercicios debe proceder con apertura y respeto. Y el que los recibe debe procurar ser él mismo y verbalizar sinceramente. La mediación del sacramento de la Iglesia, que le acompaña en su itinerario hacia Dios, le refleja y le ayuda al mismo tiempo a objetivarse y a discernir. Esto le hará romper el maleficio de la soledad absoluta, el aislamiento, que acaba por aislar e incomunicar, encerrando al hombre en el circuito de su propio lenguaje, y reduciéndole a un monólogo autodestructor que no puede abandonar.

Y, más adelante (9), Arzubialde nos habla de la actitud que debe observar quien ha de asumir plenamente su libertad ante Dios. Para éste, el ideal es el apartamiento absoluto (cf. EE 20,2), no tanto físico cuanto de los condicionamientos de la libertad.

En ninguna parte de los Ejercicios aparece la palabra "silencio" en el sentido en el que nosotros la utilizamos (10). Ignacio, en Manresa, incluso mendiga su comida. Mezclado entre la gente, acudía a la Seo a orar. Se trata, pues, de un apartamiento todavía más radical y cualificado: el de los condicionamientos sociales (fama, amigos y conocidos); el de la "clandestinidad" de toda presión ideológica o ambiental; el de la unificación del mundo de los deseos; y, en resumidas cuentas, el de la libertad, tanto de la pasión como del propio yo. Porque entonces, cuando el "ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para acercarse y llegar a su Creador y Señor. Y cuanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y dones de la su divina y suma Bondad" (*Ejercicios espirituales*, 20, 9-10).

Arzubialde trata el tema de la soledad, el Principio y Fundamento y la indiferencia en su citada obra (12). La práctica histórica nos dice que hay que dedicar al Principio y Fundamento un día entero, y tal vez dos, hasta que el ejercitante asuma la condición creatural de quien no se pertenece y experimenta que se halla en las manos de su Dios. Para ello se le debe invitar a que reflexione sobre su situación inicial, su sinceridad, su deseo real de cambio, su generosidad (Anot. 5ª). Así podrá vislumbrar el camino que

debe recorrer, las líneas maestras que incluye la peripecia [1; 21;23] y el ambiente psicológico que le es preciso crear [20]. Pues el apartamiento y la soledad son ya un índice de la seriedad con que el hombre apetece el giro decisivo en su historia personal. Hay en ello promesa de felicidad.

En el directorio fragmentario, dictado por Ignacio al P. Vitoria, se dice lo siguiente:

Convendría hacerle el camino de esta manera: Para que sintáis la dificultad que hay en usar indiferentemente de los medios que Dios nuestro Señor nos ha dado, para que podamos conseguir el fin para que nos crió: y para que, conociendo esto, os pongáis enteramente en su manos, pues aquí está el fundamento de que hallemos lo que deseamos, es menester que totalmente nos resignemos en las manos de Dios nuestro Señor; para lo cual consideréis este fundamento bien. Podrále dividir en tres partes: 1º el fin para que Dios los crió; 2º los medios; 3º la dificultad que hay en tomar éste o aquél, sin saber cierto el que más conviene, según lo dicho, y el daño que desto viene, para que de aquí nazca el ponerse en equilibrio (13).

8. SOLEDAD Y RESPONSABILIDAD: LA DISPONIBILIDAD, **“HACERNOS INDIFERENTES”**

8.1. La relativización de las mediaciones

Aun el ministerio de la Iglesia, por santo y venerable que sea, acaba donde empieza la decisión del propio corazón. (K. Rahner)

Soledad y disponibilidad. Ya desde el Principio y Fundamento, camino de la elección, se pide la disponibilidad y el "más". La disponibilidad es siempre de cara a Dios. Pasa por mediaciones humanas, históricas, pero no se queda en ninguna de ellas. La "disponibilidad" y el "más" son consecuencia de la experiencia de la Trinidad, la identificación con la actitud del Hijo de cara al Padre. Así, la inmediatez, es decir, el más allá de las mediaciones, es clave en la experiencia de los EE.

Es importantísimo subrayar el papel de la inmediatez. Ya en la oración y, sobre todo, a la hora de la elección. Es el Señor quien se manifiesta y elige.

No está demás recordar las palabras de Ignacio en los Ejercicios: para que su Divina Majestad... se sirva..." (5); "deje inmediata obrar al Criador con la criatura y a la criatura con su Creador y Señor" (15). Calveras nos aclara: *inmediata* quiere decir: sin intermediario. Y en el número 155 leemos: "Según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad y a la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su Divina Majestad".

A medida que el ejercitante avanza en la oración, los enfoques se van quedando en líneas generales que no han de impedir el "discurrir por lo que se ofreciera". Sobre todo, desde la contemplación de segunda semana para adelante, el ejercitante, más que hacer, ha de dejar hacer al Señor (14).

En esta misma línea ya el P. Polanco traducía el "reflexionar sobre sí mismo para sacar algún provecho" por "reflectere in se ipsum". Fijémonos que no dice "in se ipso", dando a entender que se trata no tanto de reflexionar sobre sí mismo (lo cual se expresaría con un ablativo [in se ipso]), sino de dejarse reflejar, hacerse reflejo (15).

Se trata de la verdadera soledad de apertura y del dejarse hacer. Traducía alguien cómicamente (16): si quieren ser flan, no hagan propósito de ser flan. ¡Permanezcan al baño María!...

La oración, pues, está en función de la elección, tiempo de caer en la cuenta de lo que ha manifestado el Señor en la oración. A su vez, la elección está ahí más para írsela encontrando hecha que para hacerla. He aquí una orientación que el directorio autógrafa ofrece para el momento de la elección: "En el momento de entrar en la elección [...] el ejercitante se aísle particularmente, sin querer ver nada ni oír que no sea de lo alto" (17).

Esto mismo queda reflejado en las *Constituciones de la Compañía de Jesús*. Tanto al P. General, como al Provincial, como al Superior local y aun al enviado en lo que le quede de decisión, se da este criterio común: "Que estando indiferente y habiendo hecho oración, opte por lo que crea de mayor servicio divino y de los hombres". ¡Osar obrar porque lo ha pensado ante el Señor! ¿Puede hablarse aquí de subjetivismo o de iluminismo?

Creo que no hay que ver aquí dos tiempos o compartimentos estancos: primero, la mediación y, luego, el prescindir de toda mediación. Más bien, en el interior de

mediación, Ignacio reconoce al Dios siempre mayor, superior a toda mediación. Se trata, en primer lugar, de la lucidez de quien acepta la mediación y venera al Dios mayor que toda mediación (cfr. "amor reverencial" en el *Diario Espiritual* de Ignacio); y, en segundo lugar, de la responsabilidad de quien asume la propia conciencia y no la abdica en favor de la mediación: es él mismo, en su última responsabilidad, el que responde a la Palabra de su Creador y Señor ("no ser sordo" [EE. 91]).

Crear que una mediación, fuera de Cristo, es Dios en persona, es falta de fe. Dios es mayor que toda mediación. Abdicar la propia conciencia en la mediación, es un infantilismo. Ninguna mediación suple la conciencia de nadie, aunque cada uno ha de saber con qué mediaciones está en conciencia comprometido. A través de las mediaciones, el hombre adulto y creyente llega a lo inmediato de la propia libertad y conciencia.

9. CONFORMIDAD Y CONFIRMACIÓN DE LA TRADICIÓN CRISTIANA

Como ayuda para clarificar este proceso, adjuntamos brevemente algunas sugerencias sobre lo que dicen los Padres al hablar del camino espiritual.

Los Padres distinguen tres grandes etapas en el encaminamiento espiritual (18):

- La primera etapa es la de *la praxis*, es decir, la etapa de la práctica ascética. En ella, 1º, se practican los valores del Reino (o las "virtudes", dicho sea en el lenguaje de la imitación de Cristo); y 2º, se obtiene la liberación, que no es otra cosa que la identificación con Cristo. La finalidad de esta primera etapa es la de metamorfosear la energía vital, desviada y bloqueada por las "pasiones" idolátricas ("afectos desordenados"). De la praxis nacen las "virtudes", cuya síntesis es el amor.
- En la segunda etapa se da *el presentimiento de una Presencia*, es decir, el presentimiento de Dios a través de los seres y las cosas.
- En la tercera etapa se llega a *la unión directa*, personal, con Dios.

Estas tres etapas se desarrollan en Cristo. Desde una perspectiva joánica, Evagrio evoca el pecho de Cristo para la etapa de la unión: el que reposa en él, es decir, quien percibe los latidos del corazón humano de Dios, es iniciado a la vida divina, como Juan cuando reposaba en el pecho de Jesús. Con este enfoque cristológico presenta, pues, las tres etapas descritas:

1. *La carne de Cristo* son las virtudes adquiridas. Quien las come encontrará la libertad interior. Es el momento de la imitación de los valores del Reino (conocidos por la carne de Cristo: sus palabras, sus gestos) y de la adquisición de la libertad para poder amar en la creación (cfr. 2ª etapa).
2. *La sangre de Cristo* es la contemplación de los seres, y el que la bebe será iluminado por Él. La contemplación de la naturaleza está ligada a la sangre de Cristo, quien de su Corazón traspasado ha irrigado la tierra y le ha devuelto su transparencia.
3. *El pecho de Cristo* es el conocimiento de Dios, y el que reposa en él, será teólogo (19).

Todo esto podría resumirse con la siguiente historia: El abad Lot fue un día a encontrar al abba José y le dijo: 'Padre, según mis posibilidades, observo mi pequeña regla, mi modesto ayuno, mi silencio contemplativo. Hago mis oraciones y mi meditación. Me esfuerzo cuanto puedo en expulsar de mi corazón los pensamientos inútiles. ¿Qué más puedo hacer?' El anciano se levantó para responder y alzó las manos al cielo. Sus dedos semejaron diez cirios encendidos y dijo: ¿Por qué no hacerse enteramente fuego? (20)

En definitiva, lo más importante es la capacidad de oblación de cada uno. Todo en la Iglesia (Palabra, sacramentos, ministerio) está al servicio de esa oblación. Así, la soledad

buena, la que se abre y acoge, es la que ha llevado al verdadero encuentro y, con Él y en Él, a la verdadera libertad.

NOTAS

1. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 18.
2. Cf. M. Mounier, *Le personalis me*, Presses Universitaires, pp. 5 1-57.
3. Cf. M. Légaut, *L'homme la recherche de son humanité*, pp. 37-38.
4. Laplace, *Le prêtre a la recherche de lui-meme*, pp. 89-90.
5. Cf. *Subida del monte Carmelo*, 11, 22,5.
6. Cf. *Le Saint Esprit, presence de communion*.
7. Santiago Arzubialde, SJ *Ejercicios espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*, Bilbao-Santander, 1991. Cf. especialmente las pp. 36, 37, 44, 47, 83, 457, 574.
8. Cf. *op.cit.*, p. 44.
9. Cf. *op.cit.*, p. 47.
10. Excepto en EE 335,6.
11. S. Arzubialde, en *op.cit.*, p. 47, nota 50, dice así: "Es la *clandestinidad propia* de quien pasa inadvertido y evita todo lo que pueda llamar la atención de los demás, porque la suya está centrada en algo verdaderamente importante que le ocupa por completo".
12. Cf. pp. 82s.
13. Cf. MHSI 76, Direct., Doc 4 (21), pp. 100-102.
14. Respecto a la oración en los EE., recomendaríamos la lectura de la ya citada obra de S. Arzubialde, SJ, *Ejercicios espirituales de S. Ignacio*, (cf. pp. 271-278) y, especialísimamente, la ponencia del P. Elías Royón, SJ, para el congreso de espiritualidad sacerdotal de 1989: (*Espiritualidad sacerdotal*, Edice, 1989, pp. 367-385). De esta ponencia, me permito transcribir el penúltimo párrafo de la página 377. Dice así: "Contemplar no es especular sobre un texto evangélico, ni sacar conclusiones, ni siquiera examinar mi vida desde la actuación de Jesús. Se trata de hacerme presente a la escena evangélica que voy a contemplar, olvidarme de mí y establecer una relación de presencia, una comunión de amistad, que haga posible que la persona de Jesús se vaya adentrando en mí. No es una contemplación estética o ética, sino unitiva. Poco a poco mis afectos, mis sentimientos están siendo invadidos por Jesús; me voy dejando "afectar", enamorar. Se establece una relación interpersonal y se suscita la atracción, la seducción..."
15. Cf. MHSI, 76, Dir., p. 305 (?).
16. De "comic": dibujo, manera gráfica y plástica de expresar.
17. Cf. Dir. autógrafo. MI, Ex. Dir., p. 781.
18. Cf. Olivier Clément, *Sources*, Stock, pp. 118-120.
19. Cf. *Le miroir des moines*, Editorial Gressmann, nn. 118-120, p. 163.
20. "Apotegmas". José de Panefo 7. PG, 65, 229.

© *Cristianisme i Justícia*, Roger de Llúria 13, 08010 Barcelona
Telf: 93 317 23 38; Fax: 93 317 10 94;
espinal@redestb.es; www.fespinal.com